

// Anne Huffs Schmid

La otra pandemia: de excepciones, normalidades y paisajes cambiantes

La desaparición o el exterminio de seres humanos no es una catástrofe natural, por supuesto, ni un cáncer o alguna otra enfermedad mortal. Acá hay agencias humanas, intenciones e intereses atrás y de por medio. Pero hay algo que se parece a la pandemia que empezó a afectar y sofocar la vida común en todos los rincones del país e incluso del planeta: que, de un día, a otro las personas afectadas pasan de la normalidad a la excepción y la emergencia a una zona donde las reglas y costumbres habituales de la vida cotidiana se suspenden y se sustituyen por otras.

La gran diferencia es que, en el caso de la amenaza por el Covid-19, esta radical transformación, al menos en teoría, incide en la vida de todos y todas. En cambio, la desaparición de personas, a decir de Teresa Jiménez, del colectivo Solecito de Veracruz, “es una enfermedad que no se ve, que no se reconoce a nivel Estado, a nivel social. No es un coronavirus que se sepa a nivel mundial o no es que se contagie así, se contagia de otra forma, desapareciendo a nuestros familiares”. La desaparición enferma doblemente, tanto por la ausencia brutal e inexplicable del ser querido, como por el estigma de este contagio que parece inhabilitar la empatía como impulso de una humanidad compartida. Todos y todas aprendimos a una velocidad espeluznante que los contagiados del virus, incluidos los enfermos graves o agonizantes, por imperativos sanitarios tienen que tratarse y mantenerse a distancia, lo que no pocas veces desemboca en una actitud de sospecha preventiva (véanse las vergonzosas agresiones hacia trabajadoras y trabajadores de salud). Esta misma distancia se instala,

absurdamente, en el caso de los contagiados por la desaparición, “como si tuviéramos lepra”, me decía el papá de una joven desaparecida ya hace años. El distanciamiento resulta de una actitud de sospecha generalizada hacia los afectados a la vez que la reproduce, y genera un estigma funcional para la sociedad y las autoridades: por algo se los llevaron, como si pudiera establecerse una nítida diferenciación entre implicados e inocentes.

Es por esta construcción ficticia que la gran mayoría no parece sentirse afectada, expuesta o en riesgo por la pandemia de la violencia extrema. “Al menos en el coronavirus están buscando la vacuna, están tomando medidas para que no se contagien, pero aquí te das cuenta de que no hay medidas para que no se contagien, que no hay medidas para frenarlos, que la delincuencia organizada rebasó la capacidad del Estado”, constata Teresa.

El Covid-19 no sólo sirve como analogía de la crisis causada por la hiperviolencia que inunda a México desde hace más de una década, también comparte con ella uno de los núcleos del dolor: la imposibilidad de la despedida y del duelo, ante la ausencia de los cuerpos desaparecidos, por un lado, y, por otro, la brutal incertidumbre que los rodea, como también ante la ‘peligrosidad’ de los cuerpos agonizantes y fallecidos, . En ambos escenarios los familiares no pueden recurrir a ninguna corporalidad para realizar y socializar los ritos del duelo que posibilitan lo que es imaginado como una buena muerte: mirar, tocar, velar, enterrar.

A la vez, la pandemia del coronavirus, la amenaza del Covid-19 y los imperativos de confinamiento que ello impone, incidieron también en esta investigación, y a partir de marzo de 2020 nos obligó, como a –literalmente– todo el mundo, a adaptarnos a esta coyuntura de excepcionalidad y a adecuar el alcance de nuestras exploraciones de campo (véase más abajo).

Lo que no cambió fue el enfoque de lo que nos habíamos propuesto: recorrer y explorar una serie de espacios trastocados por la violencia deshumanizante –la desaparición y el exterminio, en toda su literalidad, de las personas–, pero también por las agencias resistentes de las personas afectadas: sus búsquedas, su insistir en marcar las heridas, en dignificar a los exterminados y en la necesidad de justicia. Estas agencias que desafían a la deshumanización –como premisa de partida– transforman los paisajes a la vez que representan un reto para los llamados escenarios de ‘transición’: transitar de un estado bélico a uno de paz pactada, como en Colombia, o de una violencia desencarnada a un horizonte de ‘pacificación’, como la que prometió el actual gobierno mexicano. ¿Hasta qué punto este discurso de transición se refleja en los paisajes aquí explorados, y viceversa, de qué manera la experiencia articulada en ellos, de recuperación y reconstrucción, se inscribe en los procesos de transición? Este cuaderno, y también la pieza audiovisual que lo acompaña, brindan primeras notas en respuesta a estas preguntas.

Los paisajes elegidos y recorridos no nos eran desconocidos. Se seleccionaron justamente espacios ya recorridos en trabajos previos,

realizados por separado, en los cuales ya habíamos registrado tanto la movilización de los afectados en materia forense y memorial, como también la impunidad e indiferencia en torno a las desapariciones contemporáneas en México. Ahora nos importaba volver una vez más, ponernos al tanto, intercambiar saberes y producciones: darle continuidad y seguimiento al encuentro con quienes habitan y transforman estos paisajes. En esta ocasión instalamos otra óptica, novedosa al menos para mí: la tecno-mirada desde arriba, para expandir nuestro campo de visión. Finalmente, nos atrevimos a entretelar estas geografías diversas, aún con sus diferencias, en una cartografía conjunta que develara nuevos sentidos e interrogantes.

Concebimos esta continuada exploración audiovisual como una interrogación constante, que surge de la necesidad de seguir estando ahí, cerca de los terrenos, sean cuales sean las coyunturas políticas o sanitarias. Aprender y re-reconocer, mirar de nuevo, y de otros modos, desarrollar nuevos modos de narrar lo mirado y re-conocido. Aportar a algo que nos trasciende, ampliamente, en tanto investigadorxs o creadorxs: desde nuestros recursos, aportar a construir y politizar la empatía, ampliar y socializar la afectación, lograr que cada vez más personas se sientan afectadx y atravesadx por esta condición excepcional. No sólo porque ninguno de nosotrxs estamos exentos del riesgo de contagiarnos y enfermar por el virus de la hiperviolencia. Sino también, aunque el virus no nos alcance, para que el dolor de los demás, del otro y de la otra, nos resulte cada vez más inaceptable.